

El espíritu de investigación brota de la aptitud de la razón humana que nos orienta hacia la investigación científica que busca permanente la verdad con métodos objetivos adecuados y precisos. Esta tarea la asume fundamentalmente la universidad como uno de sus fines sustantivos.

En la ley universitaria se establece que son fines de la universidad, entre otros, “realizar investigación científica y tecnológica; que la producción de conocimientos es condición necesaria e indispensable para viabilizar el desarrollo nacional, correspondiendo a la universidad generar las condiciones que permitan el desarrollo orientado a la mejor calidad de vida de los peruanos” (Ley N° 23733, Art. 2). Así la exigencia en la investigación científica está en consonancia con la propuesta en la universidad peruana de crear el Vicerrectorado de Investigación como órgano encargado de planificar, gestionar, promover, coordinar, evaluar y difundir la investigación en la universidad peruana.

Nuestra universidad, dado el esfuerzo que viene desplegando, se propone ser una institución líder en investigación a nivel nacional e internacional en las humanidades, las ciencias y las tecnológicas, fomentando la creación intelectual que articule la participación de entidades públicas y privadas dirigidas a desarrollar conocimientos innovadores, priorizando los problemas regionales, nacionales y mundiales que contribuyan al desarrollo pleno del ser humano. En este sentido, ahora orientamos nuestra reflexión hacia la raíz de la investigación científica.

Actualmente se verifica que los múltiples descubrimientos, las tecnologías innovadoras que se suceden con un ritmo tan rápido, son motivo de orgullo; pero, a menudo, no son sin consecuencias preocupantes. Benedicto XVI alertó una “crisis de pensamiento” en la que el hombre se ve “rico en recursos, pero no igualmente rico en sus objetivos; el hombre de nuestro tiempo vive a menudo condicionado por el relativismo y por el reduccionismo, que llevan a perder el sentido de las cosas, casi ofuscado por la eficacia técnica, olvida el horizonte esencial de la necesidad de sentido, relegando la dimensión trascendente a la insignificancia”.

En este contexto, el pensamiento se debilita y va ganando terreno un empobrecimiento ético, que nubla las referencias normativas de valor. Parece quedar en el olvido la que fuera la raíz fecunda de la cultura y del progreso. En ella, la búsqueda de lo absoluto comprendía la exigencia de profundizar en las ciencias seculares y en todo el mundo del conocimiento.

De este modo, conviene reconocer que sin amor la ciencia pierde su nobleza y humanidad, “es justamente el amor de Dios, que hace aguda y penetrante la mirada de la búsqueda y ayuda a captar aquello que ninguna investigación está en capacidad de percibir”. Solo el amor garantiza la humanidad de la investigación.

Por otro lado, “la investigación científica y la búsqueda de sentido, a pesar de las características epistemológicas y metodológicas, brotan de un mismo manantial, ese *logos* que preside la obra de la creación y guía la inteligencia de la historia. Una mentalidad fundamentalmente ‘tecnopráctica’ genera un arriesgado desequilibrio entre lo que es técnicamente posible y lo que es moralmente bueno, con consecuencias imprevisibles”.

Por ello, es importante que la cultura vuelva a descubrir el vigor del significado y el dinamismo de la trascendencia. “Se puede decir que el mismo impulso a la investigación científica se debe a la nostalgia de Dios que vive en los corazones humanos: después de todo, el hombre de ciencia tiende, con frecuencia inconscientemente, a llegar a esa verdad que da sentido a la vida”.

Para que la investigación humana llegue a buen puerto, es necesario “redescubrir el lugar donde surge, que la investigación científica comparte con la búsqueda de la fe, casi una exigencia complementaria de la inteligencia de lo real”. Pero, paradójicamente, precisamente la cultura positivista, excluyendo del debate científico la pregunta sobre Dios, determina el declive del pensamiento y el debilitamiento de la capacidad de la inteligencia de lo real”. Sin embargo, el “*quaerere Deum*” del hombre se perdería en una maraña de caminos, si no saliera a su paso un camino de iluminación y de segura orientación, que es el mismo Dios que se hace cercano al hombre con inmenso amor.

El Cristianismo no relega la fe en el ámbito de lo irracional, sino que atribuye el origen y el sentido de la realidad a la razón creadora, que en el Dios crucificado se ha manifestado como amor y que invita a recorrer el camino del *quaerere Deum*. “Y es justamente recorriendo el sendero de la fe que el hombre es capaz de notar en las mismas realidades de sufrimiento y de muerte, que atraviesan su existencia, una posibilidad auténtica de bien y de vida”.

Así la búsqueda, vivida en su integridad, es iluminada por ciencia y fe, y de estas dos ‘alas’ toma impulso y fuerza, sin perder jamás la justa humildad, el sentido del propio límite. De esta manera, la búsqueda de Dios se vuelve fecunda para la inteligencia, fermento de cultura, promotora de verdadero humanismo, búsqueda que no se detiene en la superficie.

De lo expuesto “resulta la necesidad del diálogo entre la razón y la fe”. “Un diálogo así es necesario para que los frutos de las investigaciones científicas en las diversas disciplinas sirvan al desarrollo pleno del ser humano”. En este sentido, “no se puede separar la razón del alma; tampoco se puede transmitir totalmente la ciencia sin tener en cuenta las necesidades del alma humana, que está abierta al infinito”. “Además, el desarrollo de las ciencias conlleva tantas cuestiones éticas que deberían ser resueltas respetando la autonomía de las ciencias y en el espíritu de la verdad”.

En definitiva, “la tendencia al conocimiento de la verdad sobre el ser humano, la dignidad de la persona, el valor de la vida y, al mismo tiempo, la grandiosidad de los resultados científicos en todas las disciplinas será muy útil para profundizar en el saber transmitido”, contribuyendo de este modo a la formación de una sólida estructura de personalidad, donde la identidad cristiana penetra el vivir cotidiano y se expresa desde el interno de una profesionalidad excelente.

*Dr. Juan Roger Rodríguez Ruiz*

EDITOR EN JEFE